La buena edad y constitucion de la persona contribuyó tambien indudablemente para la resolucion, pues en otras condiciones de edad ó en individuo sujeto á una diatésis deteriorante, la supuracion se presenta con motivo de cualquiera lesion ó processus que traiga un aumento de actividad en la circulacion sanguinea y linfática.

No obstante estas consideraciones, creo que el éxito es de referirse principalmente á la accion bien dirigida de la *Refrigeracion* y que este caso es uno de los que preconizan las ventajas de su empleo.

Una circunstancia de lamentarse y no corto inconveniente es, que en la práctica civil y particular hay que luchar con la preocupacion de las familias hácia estas innovaciones, así como para algunos remedios heroicos cuya administracion imprudente ha producido algunos malos efectos que llegan á conocimiento de las personas con quienes se tiene que tratar; no puedo quejarme, sin embargo, en el caso presente, pues aunque encontré al principio cierta resistencia y desconfianza en algunas personas de la familia, y disgusto en la paciente, tanto para la aplicacion del hielo, como para la administracion interior y exterior de los mercuriales, (que dicho sea de paso, no trajeron accidentes) no obstante, la sensatez de una persona autorizada de la misma familia, el dictámen de un profesor respetable y la persuasion que procuré imbuir, vencieron este recelo y permitieron el uso de los medios apropiados.

México, Noviembre 28 de 1876.

RAMON LOPEZ Y MUÑOZ.

REVISTA NACIONAL.

LOS PANTEONES EN MEXICO.

Qué cosa más natural que los pueblos cultos hayan dedicado grande atencion á esos campos de la muerte, depósito de los recuerdos, y urna de las cenizas de los que han llenado ya su tarea sobre la tierra. El campo-santo, segun un célebre escritor, es la torva elegía del espíritu humano; quizá por esto, trás de los ecos de aquel canto fúnebre escuchamos algo parecido al eco de las civilizaciones que se van. Los pueblos han dejado siempre una página de su historia escrita sobre las lá-

pidas funerarias; los Faraones, ocultándose para desaparecer debajo de sus soberbias pirámides, y los reyes de las modernas monarquías, buscando el mármol de fastuosas tumbas para dormir el sueño eterno, nos dicen que hay dos sentimientos que pugnan en el corazón del hombre; el uno es guardar el cadáver, como temiendo que vaya á naufragar en el mar de la nada; el otro es alejarlo, como se aleja una sombra, como se aleja la memoria triste de una sentencia que se debe cumplir.

Mueré el hombre, y sus restos inanimados no han cumplido aún su misión, nó; entónces es cuando en aquella caña, que pensaba comienza un trabajo activo, un trabajo terrible, los elementos constituyentes de la materia reobran sobre sí, la salida de los gases y de los líquidos entran en una lucha de donde saldrán nuevos compuestos; la vida del pensamiento ha terminado, empieza la vida de la transformación. Cualquiera diría que en aquel entónces, se realizan los mitos de las leyendas religiosas: lo impuro tiene un momento de horrorosa lucha, sus elementos se descomponen y componen, y en seguida aparece como el alma de los creyentes, la memoria del que fué, impalpable, pura, como esos espíritus soñados por las Teogonías, que han mecido tantos siglos al espíritu humano entre las brumas de la ilusión. El filósofo entónces dobla la cabeza como abrumado, por el problema insoluble que pesa sobre él. El sabio, el hombre de la ciencia, la levanta y busca el modo de hacer que aquellos restos se conviertan en un suave recuerdo, y que al entrar en la lucha de la transformación, no vayan á dañar á los que están aún lejos del sepulcro.

Aquí tenemos, pues, explicada la dificultad de la creación de un campo-santo; de un lado las creencias con toda su ternura, del otro la de la higiene con toda su fría indiferencia; de un lado el ansia, el casi instinto de no separarse del que aun creemos que es nuestro amigo ó nuestro deudo; del otro la necesidad de llevarlo muy léjos, en donde los gases y los miasmas que se desprenden del cadáver no lleguen al aire que respiramos. Muchos estudios se han hecho de los cementerios de México, todos ellos nos demuestran que los imperfectos necrópolis que poseemos en nuestra bella ciudad, están muy léjos de obedecer las reglas de la higiene. Algunos de ellos, como el que se levanta en la falda del legendario cerro del Tepeyac, como el que está erigido cerca del Santuario de los Angeles, parecen verdaderamente como la esfinge colocada en la pirámide de Cheops, como un mónstruo que envía su devorador aliento cargado de todos los productos de la fermentación, para más envenenar la atmósfera que aspiramos, ya bastante saturada de gases

deletéreos, por las emanaciones de los pantanos y de todos los focos infecciosos que nos rodean.

Parece verdaderamente increíble, que la preocupacion popular haya hecho del de Guadalupe * el más favorecido de los panteones; los vientos dominantes del Norte soplan sobre nuestra ciudad, llegan á los basureros que limitan la poblacion, y unidos de esta suerte caminan al centro mismo de nuestras calles, esparciendo como una lluvia los organismos, los gases, los principios todos deletéreos que constantemente se elaboran en aquellos campos donde la putrefaccion parece haber asentado su reinado. Algo habiamos conseguido con desterrar de entre nosotros las preocupaciones de costumbres de otros tiempos, el pernicioso enterramiento en nichos; ** pero cuando esta conquista lográbamos, cuando se habia logrado tambien erigir otros panteones fuera del curso dominante de los vientos, parece que la fatalidad nos persigue; la poblacion siguiendo este instinto inexplicable, pero perfectamente probado, que manifiestan las grandes ciudades de extenderse, de caminar hácia el Occidente, como queriendo apropiarse hasta el último rayo de la luz del dia. La poblacion, decimos, efectuando este movimiento, se avanza hasta los panteones de la Piedad, y los americano é inglés, que muy pronto se verán como envueltos en esa marcha bastante adelantada ya.

Por otra parte, el terreno en que descansan las tumbas de aquellos panteones es malo; los sepulcros reposan sobre verdaderos pantanos que, tarde ó temprano con las anegaciones de los rios vecinos, sumergen al cadáver en una especie de baño, que da por resultado, ó las aberturas que ofrecen salida á las emanaciones pútridas, ó que aquellos rios, siguiendo su curso, lleven en su corriente los productos de la descomposicion cadavérica, para hacer más insalubres los terrenos que recorren.

El panteon de los Dolores, situado en una pintoresca eminencia de las lomas de Tacubaya, y situado contrario á los vientos dominantes, tiene, no obstante, defectos que no pueden hacerlo ocupar el puesto del primer necrópolo de México; la poca tierra vegetal de que dispone, la gran distancia que lo separa de esta Capital, son con efecto vacíos que le arrebatan algo de sus ventajosisimas condiciones sobre los demás.

No hace mucho tiempo que uno de los más ilustrados profesores, el Sr. Mendoza, hacia sobre el terreno del panteon de los Dolores, las siguientes apreciaciones:

* Discrepamos completamente de la opinion del autor, pues á nuestro juicio su situacion á más de una legua de la ciudad lo hacen del todo inofensivo.--RR.

** Léjos de parecernos pernicioso lo creemos preferible en las condiciones de nuestro suelo.--RR.

«Los caracteres físicos y químicos del terreno son estos: las mangas que lo forman son muy compactas y resistentes, hasta el grado que el ruido que producen los instrumentos sobre el terreno á cierta profundidad, al abrir las excavaciones, hace creer que se trabaja sobre piedra. El análisis hecho por el Sr. Mendoza de los terrenos que forman el fondo de las fosas, es el siguiente:

De arena gruesa	55 50
De arena muy dividida.	30 00
De carbonato de cal, alumina y fierro. . .	14 50
Total.	<u>100 00</u>

La cantidad considerable de arena, si bien retarda la putrefaccion y facilita la difusion de los gases, y hace de este modo ménos dificultosa su descomposicion, permitiendo la entrada del aire indispensable para la putrefaccion, la presencia del carbonato de cal contribuye tambien á la lentitud de la fermentacion pútrida, y la hace incompleta, saponificando una parte más ó ménos grande de las sustancias grasosas.

Necesitarian estos terrenos para estar en condiciones más á propósito del uso á que se destinan, que la resistencia de las mangas fuera menor y hubiera mayor cantidad de agua.

Creemos que es posible la plantacion y crecimiento de árboles, si se tiene en cuenta que los terrenos situados arriba y abajo, y cuya composicion es la misma que la del que tratamos, existen árboles como cedros, oyameles, encinos, etc. Respecto á la situacion topográfica del terreno, nada tenemos que decir en contra, pues su colocacion al Sudoeste de México y Oeste de Tacubaya, y la considerable altura en que se encuentra respecto de estas poblaciones, hacen muy remoto el peligro de que los miasmas que se desprenden del panteon fueran á dañar dichas ciudades.»

Por lo dicho se ve que el terreno de ese cementerio tiene algunos vicios, que, como he dicho, le arrebatan algunas de sus ventajósimas condiciones; y no obstante, es preciso confesarlo, que hasta ahora, debido al esmero y eficacia del administrador, Sr. Ricardo Gayosso, que con una constancia á toda prueba ha sabido aprovechar el terreno haciendo un verdadero parque inglés, resultado de sus grandes conocimientos químicos y botánicos, la Capital de México no dispone de ningun otro cementerio que tenga, ni con mucho, siquiera iguales condiciones que aquel de que acabamos de ocuparnos.

La rápida ojeada que hemos hecho, nos viene demostrando palpablemente la urgentísima necesidad en que se encuentra la ciudad de México de hacer sus inhumaciones en el panteon de los Dolores, que es el que se acerca más á las reglas prescritas por la higiene.

Hasta ahora, si no todos, si la mayor parte que tenemos, son como la imágen de la muerte, que atrae á la muerte misma; son focos de emanaciones deletéreas, en donde parece que los que dejaron de existir, en vez de envolverse en el sudario de la eternidad, pugnan por combatir á los vivos desprendiendo sobre ellos como una lluvia de enfermedades y de muerte.

Pero para el objeto que vamos indicando, se necesita que las asociaciones médicas levanten su voz autorizada para hacer ver el peligro constante, para dar al ménos un consejo á los habitantes de la ciudad, á fin de que se precavan de los males que les amenazan. De intento, en este débil bosquejo, he omitido hablar del panteon del Campo-Florido: si la leyenda de la Biblia tuviera que realizarse algun dia, los resucitados del Valle de Josafat, habian de protestar en masa en contra del sacrilegio que se comete con los muertos. Los viajeros nos cuentan que en el Egipto, en alguna de sus ciudades, la anti-higiénica por excelencia, digámoslo así, veces hay que los cadáveres se entierran en las calles públicas, y que el Nilo, en sus imponentes irrupciones, arrastra consigo millares de cadáveres de animales muertos que á plena luz del sol entran en pacífica putrefaccion.

Pues bien; en aquel cementerio, situado casi dentro de la ciudad, tenemos hechos semejantes; el enterramiento en zanjon, la inhumacion en el fango, los cadáveres casi á flor de tierra ó nadando en agua pestilente, son las ménos notables peripecias que se observan en aquel sitio, verdadero campo de la muerte, verdadero almácigo de las fiebres.

Levantemos, pues, nuestra voz, que por débil que sea, habrémos hecho un servicio solo con hacerla oír, puesto que en México las preocupaciones religiosas están muy arraigadas, y no es posible establecer, por ahora, la incineracion cadavérica, propuesta ya por algunos higienistas como el mejor medio de evitar las epidemias.

FRANCISCO PATIÑO.